



→ de adobe, pálidos pueblos que se confundían con la tierra desnuda, como si hubieran crecido sin la intervención de la mano del hombre: Grijota, Villaumbrales, Villamartín de Campos, Pedraza, Mazariegos... Había que fijarse para distinguirlos, y esa suerte de invisibilidad concertaba con el silencio que nos invadía. Eso lo recuerdo muy bien, que mi padre no decía nada, atento como estaba a una voz interior, inaudible. Como me aburría, me dio por pensar en lo que nos habían explicado por la mañana en el colegio. Estábamos estudiando la Creación del mundo. Todo lo hizo Dios, en solo siete días. El primer día hizo la luz. Mira que luz —me decía mi padre en ese momento—, mientras miraba al cielo, diáfano, igual que el primer día. Luego dejó que la tierra se secase, tras haberla separado del agua de los mares... Para entonces ya había descubierto lo que habíamos venido a mi-

¿Qué era eso? Eran los pueblos de Palencia, pueblos de adobe, pálidos pueblos que se confundían con la tierra desnuda

rar: el mundo tal como era al comienzo de la Creación, cuando cielo y tierra aún no se habían separado del todo. Desde Autilla, todavía se confundían tierra y cielo en la lejanía, en la línea sutil del horizonte. Se lo

dije a mi padre, que se rió con ganas de mi ocurrencia; lo digo porque lo contaba una y otra vez: habíamos comprado el coche para eso, ahora ya lo había entendido. Desde entonces el Mirador de Autilla es aquella tarde de un otoño lejano en que vi el mundo recién nacido. Ese desnudo contundente muestra el páramo, hollado lo indispensable para que exista la vida. Aquella tarde sumergida en un silencio que se huele y se toca, que invita a callar, a mirar hacia dentro, sigue allí, esperándonos. Siempre. Siempre que vuelvo al mirador se superpone aquella nada primigenia a lo que veo hoy, de tal manera que consigo abstraerme y evitar las señales eléctricas, los molinos de viento o los tejados de uralita verde que ahora asaltan la plenitud de la creación, virgen, intacta.

«No hemos venido a ver sino a no ver», advertía San Juan de la Cruz a sus hermanos, cuando se detenían a admirar hermosos parajes. A no

Ya había descubierto lo que habíamos venido a mirar: el mundo tal como era al comienzo de la Creación

ver, es eso lo que se aprende mirando atentamente desde el otero de Autilla. Luego me he asomado a muchos miradores, con la misma curiosidad, con la misma esperanza. En Palencia también tenemos el de Pie-

drasluengas, desde donde se ve un paisaje majestuoso, inolvidable, pero ni en Piedrasluengas ni en ningún otro mirador se distingue con tanta nitidez la infinitud habitada, que transforma en habitable a la nada, al vacío. He visto, sí, el mismo panorama en los cuadros de Díaz Caneja, el pintor palentino, cuya obra, para verse de verdad, necesita ser mirada con los mismos ojos que miran desde el mirador de Autilla. Pasados los años, ojeando los libros de mi padre, Teófilo Ortega, hallé un texto que también está escrito desde aquí. Pertenece a su libro 'La voz del paisaje', obra en la que intenta traducir en palabras la voz milenaria de la tierra que vimos aquel día. Una voz silenciosa, profunda, anterior a la humana, que nos invita a callar. Dice al describir precisamente este paraje: «El áncora que sujeta, en el puerto de todo lo efímero y terreno, el bajel de nuestro espíritu, abandona las

